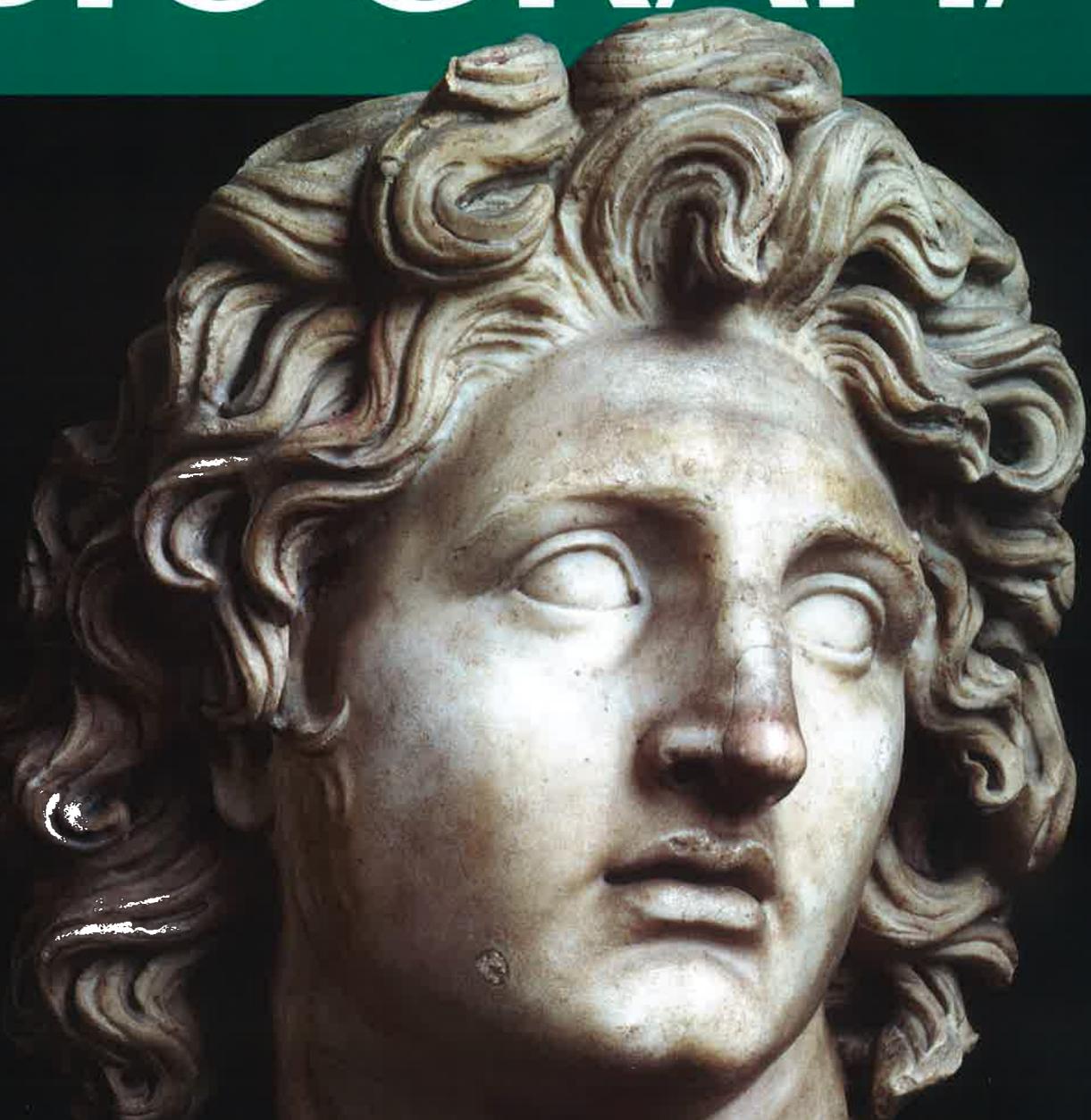


# BIOGRAFÍAS



## Alejandro Magno

El superhombre y su época

- Infancia y adolescencia
- El sueño de Alejandro
- Asia contra Europa
- El despertar de Macedonia
- Un ejército invencible
- El enemigo persa
- Filipo, un espejo paterno
- Las batallas decisivas
- Inspiración de Roma
- Las mujeres de su vida

# ¡Enemigos a la vista!

**LAS GUERRAS MÉDICAS FUERON UNA ETAPA DENTRO DE LOS MÁS DE DOS SIGLOS DE LUCHA ENTRE GRIEGOS Y PERSAS, UNA LUCHA QUE NO CESÓ HASTA LA CONQUISTA DEL IMPERIO AQUEMÉNIDA POR ALEJANDRO MAGNO.**

**Por Antonio Penadés, *historiador***

**A** principios del siglo V a.C., el Imperio persa comprendía todas las naciones situadas entre el mar Egeo y el río Indo. El centro administrativo era Susa, en la meseta iraní, pero el gran rey otorgaba un amplio espacio de libertad política y religiosa a los sátrapas y dinastías locales con tal de que mantuvieran el orden social en sus regiones y cada año recaudaran el tributo establecido.

En esa expansión tuvo una gran relevancia el año 546 a.C., que fue cuando el rey Ciro el Grande invadió la ciudad de Sardes, en Asia Menor, pasando Lidia y Jonia a formar parte de los dominios persas. En torno al año 500 a.C. los jonios decidieron alzarse contra el rey persa, decisión que desencadenaría los sangrientos enfrentamientos entre persas y griegos que hoy conocemos como Guerras Médicas (492-479 a.C.).

El promotor de la rebelión fue Aristágoras, tirano de Mileto, quien en 499 a.C. se embarcó hacia Esparta y Atenas para recabar sus apoyos. No convenció a los espartanos pero sí consiguió veinte naves de los atenienses, a las que se unieron cinco más de Eretria (isla de Eubea). Cuando estas tropas llegaron a Asia Menor, se unieron al ejército rebelde jonio y

se dirigieron hacia Sardes, capital de Lidia. Después de tomar la ciudad, los levantamientos se extendieron por Anatolia, desde Bizancio hasta la región de Caria.

**LA REBELIÓN JONIA.** Tras esta afrenta, el rey persa Darío ordenó que una flota de trirremes fenicios invadiera Chipre para utilizar la isla como base para sus operaciones navales, mientras que, por tierra, su ejército alcanzó a las tropas griegas en Éfeso y las derrotó. Atenas y Eretria no prestaron su auxilio a los jonios en esta ocasión. Todas las ciudades griegas que se habían alzado fueron cayendo; todas excepto Mileto, que pudo resistir refugiándose tras sus murallas.

Cinco años después, en 494 a.C., los jonios reunieron sus efectivos navales en Lade, un islote situado enfrente de Mileto, y esperaron a los persas para plantearles batalla. Sus 350 navíos procedían de Samos, Lesbos, Focea, Teos, Quíos, Priene y de la propia Mileto. Los persas acudieron a Lade con unos 700 barcos –sobre todo fenicios y egipcios–, presentaron batalla y ganaron a los jonios con relativa facilidad. La temprana retirada de los samios, una vergonzosa acción que supuso un lastre insuperable para el bando griego, resultó crucial. ▶

**UN PUNTO DE INFLEXIÓN.** En 480 a.C. se libró una batalla naval en los estrechos de la isla griega de Salamina entre una alianza de ciudades-Estado helenas y la flota del Imperio persa, liderado por Jerjes I. En la ilustración, una escena de ese combate que se saldó con una victoria decisiva para Grecia.



► La consiguiente destrucción de Mileto fue terrible. La mayoría de los hombres fueron asesinados por los persas y las mujeres y los niños esclavizados, y el santuario de Dídima fue saqueado. Al final, la rebelión de los jonios sirvió para que el rey Darío y su hijo Jerjes contaran con una justificación para incluir en su lista de pueblos sometidos a los griegos, en especial a los atenienses por la ayuda prestada a los rebeldes.

Dos años después, en 492 a.C., los persas emprendieron su primera expedición hacia Grecia continental a las órdenes de Mardonio, general perteneciente a la familia aqueménida. Tras recorrer las costas de Asia Menor, cruzaron el Helesponto y sometieron sin apenas resistencia la isla de Tasos y Macedonia. Sin embargo, cuando continuaron su ruta hacia Occidente y bordeaban la península de Atos, se abatió sobre la flota persa un huracán que lanzó contra la costa a la mayoría de las naves, provocando cientos de muertos.

**EXPEDICIONES AQUEMÉNIDAS.** Después del fracaso de Mardonio, el rey Darío llevó a cabo su famoso despacho de mensajeros para solicitar a las principales ciudades helenas “el agua y la tierra”. La mayoría de los representantes griegos concedieron ambos símbolos de sumisión a los heraldos persas, pero la leyenda cuenta que Atenas y Esparta reaccionaron arrojándolos al bátraco (infierno) y a un pozo respectivamente, instándoles a que sacasen de allí la tierra y el agua y se la llevaran al rey.

Tras el escarnio sufrido por sus heraldos, inviolables e investidos de carácter sagrado, Darío decide emprender otra expedición militar para castigar a Eretria y a Atenas por su participación en la quema de Sardes. El ejército persa sería comandado esta vez por un medo llamado Datis, con una flota de más de un centenar de trirremes.

La flota de Datis asedió Eretria en 490 a.C. y asaltó sus murallas durante seis días. Saquearon e incendiaron sus templos y, acto seguido, esclavizaron a la población. A continuación cruzaron el canal de Eubea y, siguiendo los consejos de Hipias –tirano de Atenas entre 527 y 510 a.C.–, fundearon en la playa de Maratón.

Pronto acudieron a Maratón 10.000 hoplitas griegos –soldados equipados con panoplia pesada– y se instalaron a unos tres kilómetros de distancia. De ellos 9.000 eran atenienses y el resto de Platea, ciudad beocia que siempre mantuvo una relación de amistad con Atenas. Las tropas griegas y las persas permanecieron



**EN LA LLANURA DE MARATÓN.** Allí tuvo lugar el enfrentamiento que definió el desenlace de la Primera Guerra Médica en 490 a.C., pues la victoria griega puso fin a esta primera fase de la contienda. Arriba, la ilustración escenifica la encarnizada batalla entre las tropas persas y las griegas.

frente a frente durante ocho días. Milcíades, el general que comandaba las tropas atenienses y plateas, planteó una inteligente estrategia y consiguió formar un frente similar al del enemigo –de más de un kilómetro de anchura– a base de restar filas en la parte trasera de la formación.

El día de la batalla, los diez mil hoplitas griegos comenzaron a correr con todas sus fuerzas cuando se hallaban a unos 200 metros de distancia y no pararon hasta chocar contra el frente enemigo. Con esa maniobra, los hombres de Milcíades quedaron expuestos el mínimo tiempo posible a la nube de flechas de los arqueros persas y, de paso, aprovecharon el impulso para cargar contra sus adversarios.

Los atenienses y los plateos sufrieron 192 bajas y provocaron la muerte a unos 6.000 soldados bárbaros. La gran diferencia entre unos y otros residía en que el ejército persa estaba compuesto por tropas de

## La astucia de Artemisia de Caria

Narra Heródoto en su *Historia* que, en el tramo final de la batalla de Salamina, la nave que capitaneaba la reina Artemisia de Caria, aliada de Jerjes, se vio rodeada por los griegos. Su situación era desesperada, pues un trirreme ateniense había enfilado su perpendicular y estaba a punto de embestir contra su costado.

**TÁCTICAS DE GUERRA.** Artemisia realizó entonces una maniobra sorprendente: ella misma ordenó atacar y clavar el espolón de la proa de su navío contra un trirreme licio, a pesar de combatir también para la flota persa. Con esta estrategia, la reina consiguió un triple objetivo:

salvar la vida, pues los atenienses desistieron de atacarla al pensar que ella, al igual que ya había hecho algún que otro barco jonio, había decidido cambiarse al bando de los griegos; en segundo lugar, devolvió a los licios una antigua afrenta que ambos tenían pendiente, y, por último, se ganó el reconocimiento de Jerjes, pues el gran rey vigilaba el desarrollo de la batalla sentado en lo alto de una colina y, desde la distancia, creyó que la nave hundida por la acción de Artemisia era griega. Al presenciar la maniobra de la reina, avergonzado como estaba por la deplorable actuación de su armada, Jerjes exclamó: “Los hombres se me han vuelto mujeres, y las mujeres, hombres”.



La reina Artemisia (en la ilustración) gobernó la satrapía persa de Caria y luchó contra las polis griegas en la Segunda Guerra Médica.

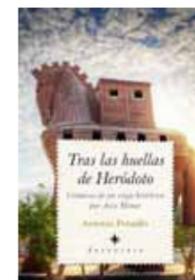
infantería, ya que antes del choque reembarcaron los caballos para intentar un ataque simultáneo de Atenas, mientras que los griegos utilizaron sus falanges, formación de combate integrada por hoplitas. En Maratón se enfrentaron unas tropas endebles y desestructuradas contra un ejército revestido de metal.

Tan sólo tres días después de la batalla, los espartanos llegaron a Maratón pero no pudieron hacer más que felicitar a los atenienses por su victoria. La celebración de las fiestas carneas les impidió llegar a tiempo. La proeza de atenienses y plateos quedaría grabada para siempre en la memoria colectiva de la Hélade. Fue la primera vez que un ejército griego vencía a los persas en una batalla abierta, lo que resquebrajó esa imagen de imbatibilidad que hasta entonces proyectaban las tropas asiáticas.

Impulsado por Mardonio y otros cortesanos, el rey Jerjes, sucesor de Darío, convocó en Sardes en 480 a.C. a todas sus tropas, procedentes de cada una de las naciones por él sometidas. Aquel ejército, el mayor reunido hasta entonces, emprendería la expedición a Europa.

**EL PASO DE LAS TERMÓPILAS.** Cuando llegaron a Esparta las noticias de semejante desplazamiento militar –más de 200.000 efectivos de infantería y de caballería y unas 600 naves–, el rey Leónidas consideró necesario adelantarse y esperar a los persas en la montaña que estos debían superar, pues allí se les ofrecía la oportunidad de hacerles frente. Defendió sus argumentos ante las instituciones espartanas pero las fiestas carneas se interpusieron de nuevo, por lo que sólo pudo conseguir una dispensa especial para llevar consigo a su guardia personal, compuesta por 300 hoplitas. En pleno verano de 480 a.C., Leónidas y su guardia, acompañados por unos 1.000 periecos y otros 1.000 hilotas no combatientes, se pusieron en marcha rumbo al paso de las Termópilas, en el extremo meridional de la región de Tesalia. Se les unieron por el camino 400 combatientes tebanos, 700 de Tespías y unos 1.000 fociecos y locros opuntios. En

### LIBRO



**Tras las huellas de Heródoto,** Antonio Penadés. Almuzara, 2015. Esta crónica sobre la figura de Heródoto parte de Halicarnaso, rincón del suroeste de la actual Turquía donde el “padre de la Historia” vivió su infancia, y discurre por las antiguas ciudades de Mileto, Éfeso, Hierápolis, Sardes, Troya, Bizancio, etc.

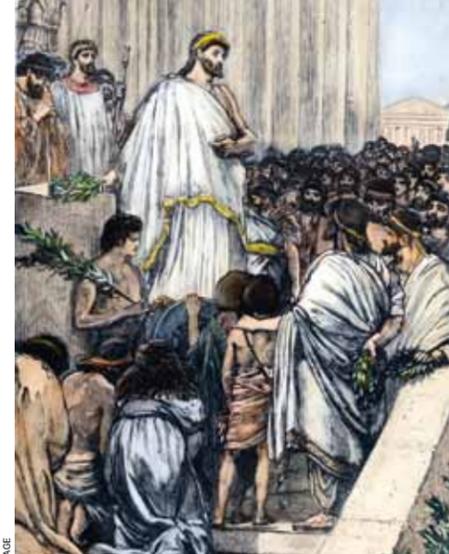
total, Leónidas tuvo a su servicio a unos 4.000 hombres. Cuando los guerreros griegos llegaron a las Termópilas, acamparon junto a un antiguo muro levantado por los habitantes de Fócide. Después de varios días de espera, provocada por una tormenta que hizo naufragar a una parte de la flota persa frente a la costa de Magnesia, el rey Jerjes envió un último mensaje a Leónidas: “Entrega las armas”, y recibió de éste una contestación lacónica y contundente: “Ven a por ellas”.

En su ataque inicial, Jerjes lanzó contra los griegos a los contingentes medos y cisios, quedando patente la superioridad táctica y armamentística de las compactas falanges helenas. Posteriormente fueron los “Inmortales”, la guardia personal del rey, quienes tomaron la iniciativa, pero la mayor longitud de las lanzas griegas y las maniobras de los lacedemonios hicieron que el contingente persa sufriera la misma suerte. Irritado ante el desastre, Jerjes ordenó a su flota que se enfrentara a atenienses y eginetas en el cabo Artemision para desembarcar en la retaguardia del campamento griego; sin embargo, las naves persas no se habían reorganizado tras la tempestad y la batalla naval quedó en una escaramuza con resultado de tablas.

**FIN DE UNA BATALLA.** Acabada la segunda jornada de combates, cuando más desesperado se encontraba Jerjes ante aquella inesperada resistencia, un lugareño llamado Efilates comunicó al gran rey cómo rodear al ejército griego. Aquella deshonrosa traición desencadenó uno de los gestos que más dignifican al rey Leónidas: su decisión de no querer obligar a sus aliados a participar en aquel suicidio colectivo. Cuando los persas descubrieron la senda Anopea, que ascendía por la montaña y desembocaba más allá de la retaguardia griega, Leónidas dio permiso al resto de combatientes griegos para regresar a sus ciudades, considerando acaso que más adelante tendrían ocasión de defender a los suyos. El rey permaneció en el campo de batalla con los espartanos que quedaban con vida, con sus periecos, con los sirvientes hilotas y con los guerreros beocios. Más de 20.000 soldados ►

**GUERRA Y DESTRUCCIÓN.** En Asia Menor, la antigua ciudad de Dídima (en la foto, las ruinas del templo dídimo de Apolo) estaba muy ligada al puerto de Mileto, ubicado a unos 15 km al norte. Ambos asentamientos fueron saqueados e incendiados por el ejército persa.





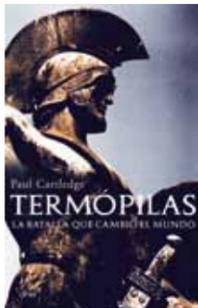
El Siglo de Oro ateniense (V a.C.) fue liderado por la figura de Pericles (en la ilustración), político y gran orador de la capital del Ática.

## El triunfo de la cultura griega

Si los persas hubieran vencido en aquellas épicas batallas, la civilización clásica griega no habría existido tal como la hemos conocido. Grecia se habría convertido en una satrapía más del Imperio persa, la democracia no se habría desarrollado en Atenas y en sus ciudades aliadas y, sobre todo, los grandes pensadores y artistas clásicos —principalmente los atenienses, a quienes los reyes persas Darío y Jerjes guardaban una especial aversión— no habrían podido contar con las circunstancias necesarias para su florecimiento.

**UN EJEMPLO PARA ROMA.** Muchos de los protagonistas del Siglo de Oro de la Grecia clásica habrían muerto en caso de ser derrotados en las aguas de Salamina o en la llanura de Platea, y los que hubiesen podido escapar con vida habrían sido esclavizados o, con suerte, habrían emprendido la huida hacia las colonias de Sicilia y del sur de Italia. Atenas, por tanto, jamás habría llegado a ser ese lugar de encuentro donde se dieron cita pensadores y creadores de toda la Hélade. La república romana, por ende, habría sido radicalmente distinta sin contar con una civilización griega que despertara semejante admiración, pues sólo de ese modo los griegos pudieron servirles de modelo durante varios siglos y les fueron prestando la esencia de su cultura. Seguramente, Roma no habría llegado a alcanzar semejante prosperidad, pues es lógico pensar que Jerjes o alguno de sus sucesores habría continuado su expansión hacia el Oeste hasta invadir la península Itálica, en cuyo caso el Imperio persa habría tenido que enfrentarse a los cartagineses para intentar obtener el control del Mediterráneo central.

### LIBRO



**Termópilas: la batalla que cambió el mundo**, Paul Cartledge. Ariel, 2010. Esta batalla fue un auténtico choque entre civilizaciones. La leyenda del heroísmo y sacrificio de la élite de guerreros espartanos en defensa de la libertad de su patria fue esencial para definir la identidad de la Grecia clásica.

► asiáticos, la mayoría de ellos tropas de élite, cayeron durante los tres días que duró la batalla. Tras la gesta protagonizada por Leónidas, los griegos comenzaron a confiar en sus posibilidades.

Tras dejar atrás las Termópilas, los persas conquistaron sin problemas la región de Beocia y Tebas y los aliados griegos prepararon la defensa del istmo de Corinto destruyendo el camino que lo cruzaba al tiempo que su flota se replegaba en la isla de Salamina, en el golfo Sarónico. Los atenienses, de acuerdo con el consejo de su general Temístocles, abandonaron la ciudad y se refugiaron en las naves y en la propia isla de Salamina, donde aguardaron la llegada de los enemigos. El ejército persa conquistó Atenas, defendida por una pequeña guarnición, y la saqueó.

**EL COMBATE EN SALAMINA.** Adimanto, el comandante naval corintio, defendió que la flota debía reunirse frente a la costa del istmo para bloquearlo. Sin embargo, Temístocles se mostró partidario de una estrategia ofensiva para destruir las naves persas. Para ello se basó en las lecciones aprendidas en Artemisio, señalando que una batalla a corta distancia les beneficiaba. Su opinión prevaleció y la armada aliada permaneció frente a las costas de Salamina.

El general ateniense organizó un impresionante plan de desinformación al enemigo. Envío un sirviente ante la presencia de Jerjes con un mensaje proclamando que su jefe estaba “del lado del rey, y prefería que prevaleciera su causa a la de los helenos”. Trasladó así la idea de que el mando aliado estaba enfrentado, que los peloponesios planeaban evacuar esa misma noche y que, para conseguir la victoria, todo lo que los persas tenían que hacer era cerrarles la salida al mar abierto. Jerjes mordió el anzuelo y la flota persa fue enviada esa misma noche para iniciar el bloqueo de los estrechos. Los aliados pasaron la noche discutiendo el curso de las acciones. Los espartanos eran partidarios de regresar al Peloponeso y sólo cambiaron de idea cuando desertores jonios informaron del despliegue enemigo: todos aceptaron que debían luchar.

La fuerza helena en Salamina sumaba unos 400 barcos, mientras que los persas contaban con sus 550 naves más 120 de refuerzo. Los persas tenían además mejores navíos, siendo la mayoría de los barcos atenienses de nueva construcción y tripulados por hombres inexpertos. Una batalla en mar abierto habría beneficiado a los persas. Por otro lado, la armada aliada se preparó para la batalla mientras que los persas pasaron la noche en el mar, buscando sin éxito la supuesta evacuación griega. A la mañana siguiente, los griegos atacaron la primera línea de los navíos persas. El combate se desarrolló en el estrecho que separa la isla de Salamina y Atenas,

## DURANTE EL CONFLICTO EN PLATEA, LOS PERSAS ENVENENARON LOS POZOS QUE ABASTECÍAN DE AGUA A LOS GRIEGOS PARA ATRAERLOS HACIA LA PLANICIE BEOCIA

donde el ejército de Jerjes no pudo aprovechar su superioridad numérica por falta de espacio. En muchas ocasiones no pudieron maniobrar sin colisionar entre sí. Además los griegos supieron ganar el barlovento, esencial en cualquier combate naval. Cuando dieron muerte al almirante rival, Ariamenes, provocaron el desconcierto entre los persas que, sin su jefe, emprendieron la retirada. En total, más de 300 navíos asiáticos fueron hundidos o capturados.

**LA CONTIENDA DE PLATEA.** Temiendo que los griegos pudieran atacar los pontones tendidos para cruzar el Helesponto, atrapando así a Jerjes en Europa, el rey persa decidió marcharse a Susa. Mardonio se quedó con las unidades de élite de la infantería y con la caballería, retirándose a Tesalia para invernar allí. Los victoriosos atenienses pudieron retornar a su ciudad, que encontrarían arrasada. Al año siguiente, 479 a.C., el general Mardonio avanzó de nuevo hasta Beocia para atraer a los aliados a un terreno abierto y plantear un último enfrentamiento que habría de ser definitivo. Los atenienses enviaron 8.000 hoplitas más 600 exiliados de Platea para unirse a la fuerza helena, formada por 19 ciudades-Estado y que dirigiría el espartano Pausanias, sobrino de Leónidas. El ejército griego alcanzaría la cifra de 40.000 hoplitas, a los que habría que sumar tropas ligeras, arqueros e ilotas. Los efectivos persas seguían siendo más numerosos, pero también más vulnerables.

**DESDE UN LUGAR PRIVILEGIADO.** El rey Jerjes (en la ilustración) ordenó que colocasen un trono en las laderas del monte Aigaleo, con vistas a la bahía griega de Salamina, para presenciar la batalla en la que se enfrentaron 400 barcos helenos contra 670 naves persas.



Los griegos marcharon a través del monte Citerón para llegar a la ciudad de Platea, acampando en unas colinas boscosas cercanas al campamento enemigo a orillas del río Asopo. Mardonio no quiso esperar a que sus rivales recibieran todos sus refuerzos y lanzó a su caballería, pero los arqueros atenienses desbarataron el ataque. En las jornadas siguientes los persas intentaron forzar disensiones entre los aliados y envenenaron los pozos que los abastecían de agua con la pretensión de atraerlos a la planicie. Finalmente, después de 13 días de escaramuzas y choques, los griegos afrontaron el combate definitivo. Las falanges presionaron al enemigo con todas sus fuerzas, especialmente el flanco derecho que ocupaban los espartanos, mientras las tropas de élite persas intentaban contenerlos. La cohesión y la disciplina espartanas permitieron abrir una brecha y aproximarse a Mardonio, que combatía montado en su caballo rodeado por su guardia de 1.000 hombres. Fue entonces cuando un espartano llamado Arimnesto lanzó una piedra que impactó en la cabeza del general, descabalgándolo. Con su comandante muerto, los persas comenzaron a huir de forma desordenada. Y aunque la guardia personal de Mardonio continuó combatiendo hasta ser aniquilada, la desbandada fue masiva. Se culminaba así la derrota definitiva de la invasión de Grecia.

**EL TRATADO DE PAZ.** Tras su derrota en Salamina en el verano anterior, los restos de la flota persa se retiraron hacia el este para recalar en las islas de Delos y Samos. Alcanzaron finalmente una playa cercana al cabo de Micala, ya en la costa de Asia Menor, donde sus 10.000 guerreros y remeros levantaron una empalizada para protegerse. Los persecutores griegos, comandados por el espartano Leotíquidas y el ateniense Jantipo, padre de Pericles, llegaron con sus 110 naves. A finales del verano de 479 a.C., tan sólo unos días después de la batalla de Platea, atacaron el campamento persa por el centro y por los flancos a la vez. Pese a su inferioridad numérica, destrozaron a sus rivales. Con este episodio los griegos redondeaban su triunfo sobre el Imperio persa; Jonia, por su parte, lograba al fin su tan ansiada liberación.

Los peloponesios volvieron a casa, pero los atenienses se desviaron antes hacia el norte para atacar el Quersoneso tracio, todavía en manos de los enemigos, quienes se atrincheraron en Sestos. En las siguientes tres décadas, Atenas y su liga marítima expulsarían también a los persas de Macedonia y de Tracia. La Paz de Calias, firmada en 449 a.C., ponía fin a medio siglo de guerra. ■



**ESPARTANOS CONTRA EL PODER PERSA.** Leónidas (en el centro del cuadro decimonónico del francés Jacques-Louis David), rey ágida de Esparta, encontró la muerte en el año 480 a.C. durante la Segunda Guerra Médica. Fue en la defensa del paso de las Termópilas para bloquear el avance de las tropas persas de Jerjes I.